

padecido de tamaños extravíos de sus semejantes, en su misma degradacion aprende á adorar sus incomprensibles misterios, y á respetar unas verdades que forman su mayor gloria y todo el cúmulo de sus esperanzas. Tal es el fruto de estas obras luminosas, en las que la Religion, en vez de cubrir con un velo sus misterios, como nos improperean sus enemigos, aparece en todo su esplendor, les presenta unas verdades, que si bien son amargas á un corazon corrompido, tarde ó temprano las verán cumplidas los mismos que ahora se mofan de ellas.

EL CRITERIO

por *Don Jaime Balmes*,

Presbítero.

CAPÍTULO PRIMERO.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.

§ I.

En qué consiste el pensar bien. Qué es la verdad.

El pensar bien consiste, ó en conocer la verdad, ó en dirigir el entendimiento por el camino que conduce á ella. La verdad es la realidad de las cosas. Cuando las conocemos como son en sí, alcanzamos la verdad; de otra suerte caemos en error. Conociendo que hay Dios, conocemos una verdad, porque realmente Dios existe; conociendo que la variedad de las estaciones depende del sol, conocemos una verdad, porque en efecto es así; conociendo que el respeto á los padres, la obediencia á las leyes, la buena fe en los contratos, la fidelidad con los amigos, son virtudes, conocemos la verdad; así como caeríamos en error, pensando que la perfidia, la ingratitud, la injusticia, la destemplanza, son cosas buenas y laudables.

Si deseamos pensar bien, hemos de procurar conocer la verdad, es decir, la realidad de las cosas. ¿De qué sirve discurrir con sutileza ó con profundidad aparente, si el

pensamiento no está conforme con la realidad? Un sencillo labrador, un modesto artesano que conocen bien los objetos de su profesion, piensan y hablan mejor sobre ellos que un presuntuoso filósofo que en encumbrados conceptos y altisonantes palabras, quiere darles lecciones sobre lo que no entiende.

§ II.

Diferentes modos de conocer la verdad.

A veces conocemos la verdad, pero de un modo grosero; la realidad no se presenta á nuestros ojos tal como es, sino con alguna falta, añadidura ó mudanza. Si desfila á cierta distancia una columna de hombres, de tal manera que veamos brillar los fusiles pero sin distinguir los trages, sabemos que hay gente armada, pero ignoramos si es de paisanos, de tropa ú de algun otro cuerpo; el conocimiento es imperfecto porque nos *falta* distinguir el uniforme para saber la pertenencia. Mas si por la distancia ú otro motivo nos equivocamos, y les atribuimos una prenda de vestuario que no llevan, el conocimiento será imperfecto porque añadiremos lo que en realidad no hay. Por fin, si tomamos una cosa por otra, como por ejemplo si creemos que son blancas unas vueltas que en realidad son amarillas, *mudamos* lo que hay, pues hacemos de ello una cosa diferente.

Cuando conocemos perfectamente la verdad, nuestro entendimiento se asemeja á un espejo en el cual vemos retratados con toda fidelidad los objetos como son en sí; cuando caemos en error, se parece á uno de aquellos vidrios de ilusión que nos presentan lo que realmente no existe; pero cuando conocemos la verdad á medias, podría compararse

á un espejo mal azogado, ó colocado en tal disposicion, que si bien nos muestra objetos reales, sin embargo no los ofrece demudados alterando los tamaños y figuras.

§ III.

Variedad de ingenios.

El buen pensador procura ver en los objetos todo lo que hay, pero no más de lo que hay. Ciertos hombres tienen el talento de ver mucho en todo, pero les cabe la desgracia de ver todo lo que no hay, y nada de lo que hay. Una noticia, una ocurrencia cualquiera, les suministran abundante materia para discurrir con profusion, formando, como suele decirse, castillos en el aire. Estos suelen ser grandes proyectistas y charlatanes.

Otros adolecen del defecto contrario; ven bien pero poco; el objeto no se les ofrece sino por un lado; si este desaparece, ya no ven nada. Estos se inclinan á ser sentenciosos y aferrados en sus temas. Se parecen á los que no han salido nunca de su pais; fuera del horizonte á que están acostumbrados, se imaginan que no hay mas mundo.

Un entendimiento claro, capaz y exacto, abarca el objeto entero, le mira por todos sus lados, en todas sus relaciones con lo que le rodea. La conversacion y los escritos de estos hombres privilegiados se distinguen por su claridad, precision y exactitud. En cada palabra encontrais una idea, y esta idea la veis que corresponde á la realidad de las cosas. Os ilustran, os convencen, os dejan plenamente satisfecho; decis con entero asentimiento, «sí, es verdad, tiene razon.» Para seguirlos en sus discursos no necesitais esforzaros; parece que andais por un camino llano, y que el que

habla solo se ocupa de haceros notar con oportunidad los objetos que encontráis á vuestro paso. Si esplican una materia difícil y abstrusa, tambien os ahorran mucho tiempo y fatiga. El sendero es tenebroso porque está en las entrañas de la tierra; pero os precede un guia muy práctico, llevando en la mano una antorcha que resplandece con vivísima luz.

§ IV.

La perfeccion de las profesiones depende de la perfeccion con que se conocen los objetos de ellas.

El perfecto conocimiento de las cosas en el orden científico forma los verdaderos sabios; en el orden práctico, para el arreglo de la conducta en el decurso de la vida, forma los prudentes; en el manejo de los negocios del estado, forma los grandes políticos; y en todas las profesiones, es cada cual mas ó menos aventajado, á proporcion del mayor ó menor conocimiento de los objetos que trata ó maneja. Pero este conocimiento ha de ser práctico, ha de abrazar tambien los pormenores de la ejecucion, que son pequeñas verdades por decirlo así, de las cuales no se puede prescindir, si se quiere lograr el objeto. Estas pequeñas verdades, son muchas en todas las profesiones; bastando para convencerse de ello, el oír á los que se ocupan aun en los oficios mas sencillos. ¿Cuál será pues el mejor agricultor? El que mejor conozca las cualidades de los terrenos, climas, simientes y plantas; el que sepa cuáles son los mejores métodos é instrumentos de labranza, y que mejor acierte en la oportunidad de emplearlos; en una palabra, el que conozca los medios mas á propósito para hacer que la tierra produzca

con poco coste, mucho, pronto y bueno. El mejor agricultor será pues el que conozca mas verdades relativas á la práctica de su profesion. ¿Cuál es el mejor carpintero? El que mejor conoce la naturaleza y calidades de las maderas, el modo particular de trabajarlas, y el arte de disponerlas del modo mas adaptado al uso á que se destinan. Es decir, que el mejor carpintero será aquel que sabe mas verdades sobre su arte. ¿Cuál será el mejor comerciante? El que mejor conozca los géneros de su tráfico, los puntos de donde es mas ventajoso traerlos, los medios mas á propósito para conducirlos sin deterioro, con presteza y baratura, los mercados mas convenientes para esponderlos con celeridad y ganancia: es decir, aquel que posea mas verdades sobre los objetos de comercio, el que conozca mas á fondo la realidad de las cosas en que se ocupa.

§ V.

A todos interesa el pensar bien.

Echase pues de ver que el arte de pensar bien no interesa solamente á los filósofos, sino tambien á las gentes mas sencillas. El entendimiento es un don precioso que nos ha otorgado el Criador, es la luz que se nos ha dado para guiarnos en nuestras acciones; y claro es que uno de los primeros cuidados que debe ocupar al hombre, es tener bien arreglada esta luz. Si ella falta, nos quedamos á oscuras, andamos á tientas; y por este motivo es necesario no dejarla que se apague. No debemos tener el entendimiento en inaccion con peligro de que se ponga obtuso y estúpido; y por otra parte, cuando nos proponemos ejercitarle y avivarle, conviene que su luz sea buena para que no nos deslumbre, bien dirigida para que no nos estravie.

Cómo se debe enseñar á pensar bien.

El arte de pensar bien no se aprende tanto con reglas como con modelos. A los que se empeñan en enseñarle á fuerza de preceptos, y de observaciones analíticas, se los podría comparar con quien emplease un método semejante para enseñar á los niños á hablar ó andar. No por esto condeno todas las reglas; pero sí sostengo que deben darse con mas parsimonia, con menos pretensiones filosóficas, y sobre todo de una manera sencilla, práctica, de suerte que se ponga siempre á su lado el ejemplo. Un niño pronuncia mal ciertas palabras; para corregirle ¿qué hacen sus padres ó maestros? Las pronuncian ellos bien, y hacen que en seguida las pronuncie el niño; «escucha bien como yo lo digo; á ver ahora tú; mira no pongas los labios de esta manera, no hagas tanto esfuerzo con la lengua,» y otras cosas por este tenor. Hé aquí el precepto al lado del ejemplo, la regla y el modo de practicarla (1).

CAPÍTULO II.

LA ATENCION.

Hay medios que nos conducen al conocimiento de la verdad, y obstáculos que nos impiden llegar á él; enseñar á emplear los primeros, y á remover los segundos, es el objeto del arte de pensar bien.

Definicion de la atencion. Su necesidad.

La atencion es la aplicacion de la mente á un objeto. El primer medio para pensar bien es atender bien. La seguro corta si no se aplica al árbol, la hoz no siega si no se aplica al tallo. Algunas veces se le ofrecen los objetos al espíritu sin que atienda; como sucede ver sin mirar, y oír sin escuchar; pero el conocimiento que de esta suerte se adquiere, es siempre ligero, superficial, á menudo inexacto, cuando no totalmente errado. Sin la atencion estamos distraidos, nuestro espíritu se halla por decirlo así en otra parte; y por lo mismo no ve aquello que se le muestra. Es de la mayor importancia adquirir un hábito de atender á lo que se estudia ó se hace; porque si bien se observa, lo que nos falta á menudo no es la capacidad para entender lo que vemos, leemos ú oímos, sino la aplicacion del ánimo á aquello de que se trata.

Se nos refiere un suceso, pero escuchamos la narracion con atencion floja, intercalando mil observaciones y preguntas, manoseando ó mirando objetos que nos distraen; de lo que resulta que se nos escapan circunstancias interesantes, que se nos pasan por alto cosas esenciales, y que al tratar de contarlos á otros, ó de meditarlos nosotros mismos para formar juicio, se nos presenta el hecho desfigurado, incompleto, y así caemos en errores que no proceden de falta de capacidad, sino de no haber prestado al narrador la atencion debida.

§ II.

Ventajas de la atencion é inconvenientes de su falta.

Un espíritu atento multiplica sus fuerzas de una manera increíble; aprovecha el tiempo atesorando siempre caudal de ideas; las percibe con mas claridad y exactitud, y finalmente las recuerda con mas facilidad, á causa de que con la continua atencion estas se van colocando naturalmente en la cabeza de una manera ordenada.

Los que no atienden sino flojamente, pasean su entendimiento por distintos lugares á un mismo tiempo; aquí reciben una impresion, allí otra muy diferente; acumulan cien cosas inconexas que, lejos de ayudarse mutuamente para la aclaracion y retencion, se confunden, se embrollan y se borran unas á otras. No hay lectura, no hay conversacion, no hay espectáculo por insignificantes que parezcan, que no nos puedan instruir en algo. Con la atencion notamos las preciosidades y las recogemos, con la distraccion dejamos tal vez caer al suelo el oro y las perlas como cosa baladí.

§ III.

Cómo debe ser la atencion. Atolondrados y ensimismados.

Creerán algunos que semejante atencion fatiga mucho; pero se equivocan. Cuando hablo de atencion, no me refiero á aquella fijeza de espíritu con que este se clava, por decirlo así, sobre los objetos; sino de una aplicacion suave y reposada, que permite hacerse cargo de cada cosa, dejándonos empero con la agilidad necesaria para pasar sin esfuerzo de unas ocupaciones á otras. Esta atencion no es incompatible ni con la misma diversion y recreo; pues

es claro que el esparcimiento del ánimo no consiste en no pensar, sino en no ocuparse de cosas trabajosas, y en entregarse á otras mas llanas y ligeras. El sabio que interrumpe sus estudios profundos saliendo á solazarse un rato con la amenidad de la campiña, no se fatiga, antes se distrae, cuando atiende al estado de las mieses, á las faenas de los labradores, al murmullo de los arroyos, ó al canto de las aves.

Tan lejos estoy de considerar la atencion como abstraccion severa y continuada, que muy al contrario cuento en el número de los distraidos, no solo á los atolondrados, sino tambien á los ensimismados. Aquellos se derraman por la parte de afuera, estos divagan por las tenebrosas regiones de adentro; unos y otros carecen de la conveniente atencion, que es la que se emplea en aquello de que se trata.

El hombre atento posee la ventaja de ser mas urbano y cortés; porque el amor propio de los demas se siente lastimado, si notan que no atendemos á lo que ellos dicen. Es bien notable que la urbanidad ó su falta, se apelliden tambien atencion ó desatencion.

§ IV.

Las interrupciones.

Ademas, son pocos los casos, aun en los estudios serios, que requieren atencion tan profunda que no pueda interrumpirse sin grave daño. Ciertas personas se quejan amargamente si una visita á deshora, ó un ruido inesperado, les cortan, como suele decirse, el hilo del discurso; esas cabezas se parecen á los daguerreotipos, en los cuales el

menor movimiento del objeto, ó la interposicion de otro extraño, bastan para echar á perder el retrato ó paisaje. En algunas será tal vez un defecto natural, en otras una afectacion vanidosa por hacerse del pensador, y en no pocas falta de hábito de concentrarse. Como quiera, es preciso acostumbrarse á tener la atencion fuerte y flexible á un mismo tiempo, y procurar que la formacion de nuestros conceptos no se asemeje á la de los cuadros daguerreotipados, sino de los comunes; si el pintor es interrumpido, suspende sus tareas; y al volver á proseguirlas no encuentra malbaratada su obra; si un cuerpo le hace importuna sombra, en removiéndole, lo deja todo remediado (2).

CAPÍTULO III.

ELECCION DE CARRERA.

§ I.

Vago significado de la palabra Talento.

CADA cual ha de dedicarse á la profesion para la que se siente con mas aptitud. Juzgo de mucha importancia esta regla; y abrigo la profunda conviccion de que á su olvido se debe el que no hayan adelantado mucho mas las ciencias y las artes. La palabra *talento* espresa para algunos una capacidad absoluta; creyendo equivocadamente que quien está dotado de felices disposiciones para una cosa lo estará igualmente para todas. Nada hay mas falso; un hombre puede ser sobresaliente, extraordinario, de una capacidad monstruosa para un ramo, y ser muy mediano y

hasta negado con respecto á otros. Napoleon y Descartes son dos genios, y sin embargo en nada se parecen. El genio de la guerra no hubiera comprendido al genio de la filosofia; y si hubiesen conversado un rato, es probable que ambos habrian quedado poco satisfechos. Napoleon no le habria esceptuado entre los que con aire desdeñoso apellidaba *ideólogos*.

Podria escribirse una obra de los talentos comparados, manifestando las profundas diferencias que median aun entre los mas extraordinarios. Pero la esperiencia de cada dia nos manifiesta esta verdad de una manera palpable. Hombres oimos que discurren y obran sobre una materia con acierto admirable, al paso que en otra se muestran muy vulgares, si no es que torpes y desatentados. Pocos serán los que alcancen una capacidad igual para todo; y tal vez pudiérase afirmar que nadie; pues la observacion enseña que hay disposiciones que se embarazan y se dañan reciprocamente. Quien tiene el talento generalizador no es fácil que posea el de la exactitud minuciosa; el poeta que vive de inspiraciones bellas y sublimes, no se avendrá sin trabajo con la acompasada regularidad de los estudios geométricos.

§ II.

Instinto que nos indica la carrera que mejor se nos adapta.

El Criador que distribuye á los hombres las facultades en diferentes grados, les comunica un instinto precioso que los advierte de su destino: la inclinacion muy duradera y constante hácia una ocupacion, es indicio bastante

seguro de que nacimos con aptitud para ella; así como el desvío y repugnancia que no puede superarse con facilidad, es señal de que el Autor de la naturaleza no nos ha dotado con felices disposiciones para aquello que nos desagrada. Los alimentos que nos convienen se adaptan bien á un paladar y olfato no viciados por malos hábitos ó alterados por enfermedad; y el sabor y olor ingratos nos advierten cuáles son los manjares y bebidas que por su corrupción ú otras cualidades, podrian dañarnos. Dios no ha tenido menos cuidado del alma que del cuerpo.

Los padres, los maestros, los directores de los establecimientos de educacion y enseñanza, deben parar mucha atencion en este punto, para precaver la pérdida de un talento, que bien empleado podria dar los mas preciosos frutos, y evitar no se le fuerce á consumirse en una tarea para la cual no ha nacido.

El mismo interesado ha de ocuparse tambien en este examen; el niño de doce años tiene por lo comun reflexion bastante para notar á lo que se siente inclinado, qué es lo que le cuesta menos trabajo, cuáles son los estudios en que adelanta con mas facilidad, cuáles las faenas en que experimenta mas ingenio y destreza.

§ III.

Experimento para discernir el talento peculiar de cada niño.

Seria muy conveniente que se ofreciesen á la vista de los niños objetos muy variados, conduciéndolos á visitar establecimientos donde la disposicion particular de cada uno pudiese ser escitada con la presencia de lo que mejor se le

adapta. Entonces, dejándolos abandonados á sus instintos, un observador inteligente formaria desde luego diferentes clasificaciones. Esponed la máquina de un reloj á la vista de una reunion de niños de diez á doce años, y es bien seguro que si entre ellos hay alguno de genio mecánico muy aventajado, se dará á conocer desde luego por la curiosidad de examinar, por la discrecion de las preguntas, y la facilidad en comprender la construccion que está contemplando. Leedles un trozo poético, y si existe entre ellos algun Garcilaso, Lope de la Vega, Ercilla, Calderon ó Melendez, veréis chispear sus ojos, conoceréis que su corazon late, que su mente se agita, que su fantasia se inflama bajo una impresion que él mismo no comprende.

Cuidadó en trocar los papeles: de dos niños extraordinarios es muy posible que formeis dos hombres muy comunes. La golondrina y el águila se distinguen por la fuerza y ligereza de sus alas; y sin embargo, jamás el águila pudiera volar á la manera de la golondrina, ni esta imitar á la reina de las aves.

El *tentate diu quid ferre recusent quid valeant humeri* que Horacio inculca á los escritores, puede igualmente aplicarse á cuantos tratan de escoger una profesion cualquiera (3).